

de pont-l'éveque, confundidos poco a poco, mezclados en una sola explosión de hediondeces. Esta se desparramaba, se sostenía, en medio de la vibración general, con un vértigo continuo de náusea y una fuerza terrible de asfixia. Y entre tanto, parecía que eran las perversas palabras de madame Lecœur y de mademoiselle Saget las que exhalaban un mal olor tan fuerte.

—La doy a usted un millón de gracias—dijo la vendedora de manteca.—¡Ah! Si alguna vez llego a ser rica, yo la recompensaré.

Pero la vieja no se iba. Tomó un bondon, le dió vueltas, lo volvió a colocar sobre la mesa de mármol. Después, preguntó cuánto costaba.

—Para mí ¿eh?—añadió con una sonrisa.

—Para usted nada—respondió madame Lecœur.—Yo se lo regalo a usted.

Y repitió:

—¡Ah! Si yo fuera rica...

Entonces mademoiselle Saget le dijo que ya le llegaría la ocasión. El queso había desaparecido ya en el cestito. La vendedora de manteca bajó de nuevo a los sótanos, en tanto que la vieja solterona acompañaba a la Sarriette hasta su tienda. Ya en ella, hablaron un instante del señor Julio. Las frutas, en torno de ellas, exhalaban sus frescos olores de primavera.

—Aquí huele mejor que en casa de su tía de usted. Me estaba poniendo mala hace un momento. ¿Cómo se las compone para vivir allí dentro?... Al menos aquí huele bien y dulce... Esto la pone a usted de color de rosa, preciosa mía.

La Sarriette se echó a reír. Le gustaban mucho los cumplidos. Después vendió una libra de mirabeles a una señora, diciéndole que eran un puro azúcar.

—Yo también compraría mirabeles—murmuró

ró mademoiselle Saget cuando la señora se hubo marchado.—Sólo que necesito tan pocos... Una mujer sola... ¿comprende usted?

—Tome usted un puñado, pues—exclamó la linda morena.—No será eso lo que me arruine... Envieme usted a Julio, ¿oye? si me quiere usted hacer el favor. Debe de estar fumándose el cigarro en el primer banco, al salir de la gran calle, a la derecha.

Mademoiselle Saget había alargado los dedos para tomar el puñado de mirabeles, que fué a hacer compañía al queso en el fondo del cesto. Fingió que quería salir de los Mercados; pero dió un rodeo por las calles cubiertas, andando lentamente, y pensando en que los mirabeles y el bondon componían una comida en extremo frugal. De ordinario, después de su vuelta de la tarde, cuando no había logrado hacerse llenar el cesto por las vendedoras, a quienes llenaba de mimos y de historias, se veía reducida a las sobras. Solapadamente volvió al pabellón de la manteca. Allí, por el lado de la calle Berger, detrás de los puestos de los vendedores de ostras, se hallan los de las carnes cocidas. Cada mañana, pequeños coches cerrados, en forma de cajas, forrados de zinc y provistos de tragaluces, se detienen a las puertas de las grandes cocinas y se llevan mezcladas las sobras de las fondas, de las embajadas, de los ministerios. La elección se efectúa en los sótanos. Desde las nueve, se ostentan los platos, arreglados, a tres y a cinco sueldos, con pedazos de carne, de caza, cabezas o colas de pescados, legumbres, salchicheria, hasta postres, pasteles apenas empezados y bombones casi enteros. Los muertos de hambre, los empleados modestos, las mujeres tiritantes de fiebre, forman cola allí; y a veces los pilluelos abroncan a los pálidos rateros, que compran mi-

rando solapadamente, acechando si les ve alguien. Mademoiselle Saget se deslizó delante de una tienda, cuya propietaria ostentaba la pretensión de no vender más que sobras salidas de las Tullerías. Un día, la vendedora le había hecho tomar una rebanada de jigote, afirmándole que procedía del plato del Emperador. Aquel pedazo de carne, comido con cierta altanería, era como un consuelo para la vanidad de la vieja señorita. Si se escondía, era, por otra parte, para conservar la entrada en las tiendas del barrio, por las que rodaba sin comprar nada nunca. Su táctica consistía en enfadarse con los tenderos una vez que conocía su historia; entonces iba a casa de los otros, les abandonaba, hacía las paces con los primeros, daba la vuelta a los Mercados; de manera que acababa por instalarse en todas las tiendas. Hubiérase creído que hacía provisiones formidables, cuando en realidad vivía de regalos y de sobras pagadas con su dinero cuando no podía pasar por otro punto.

Aquella tarde no había más que un anciano delante de la tienda. Estaba olfateando un plato de pescado y carne mezclados. Mademoiselle Saget olió por su parte un lote de fritura fría. Era de tres sueldos. Regateó, y la obtuvo por dos sueldos. La fritura fría desapareció en el cesto. Pero llegaban otros compradores, y las narices se acercaban a los platos con movimiento uniforme. El olor del escaparate era nauseabundo; un olor de vajilla grasienta y de fregadero mal lavado.

—Venga usted mañana a verme—dijo la tendera a la vieja.—Le guardaré a usted algo bueno... Esta noche hay una gran comida en las Tullerías.

Mademoiselle Saget prometía ir cuando, al volverse, vió a Gavard que había oído y que la

miraba. Se puso coloradísima, encogió los flacos hombros y se fué sin parecer que le conocía. Pero Gavard la siguió un instante, encogiéndose de hombros y refunfuñando que no le extrañaba ya la maldad de aquella arpía, “desde el momento que se envenenaba con las porquerías que habían hecho regoldar a los de las Tullerías.

A partir del día siguiente, corrió por los Mercados un apagado rumor. Madame Lecœur y la Sarriette cumplían sus grandes juramentos de discreción. En tales circunstancias, mademoiselle Saget se mostró hábil en grado superlativo; se calló, dejando a las otras dos el cuidado de esparcir la historia de Florencio. Al principio fué un relato entrecortado, palabras sueltas que se pronunciaban en voz muy baja; después, las diversas versiones se fusionaron, se aumentaron los episodios, y se formó una leyenda, en la cual representaba Florencio el papel de coco. Había matado a diez gendarmes en la barricada de la calle Grénete; había regresado en un barco de piratas que lo degollaban todo en el mar; desde su llegada se le veía vagar por la noche, rodeado de hombres sospechosos, de quienes debía de ser el jefe. Allí la imaginación de las vendedoras se lanzaba a volar libremente y soñaba las cosas más dramáticas: una partida de contrabandistas en pleno París, o bien una extensa asociación que centralizaba los robos cometidos en los Mercados. Se compadecía mucho a los Quénu-Gradelle, sin dejar de hablar malvadamente de la herencia. Esta herencia apasionó los ánimos. La opinión general fué que Florencio había vuelto para tomar su parte en el tesoro. Sólo que, como era poco explicable que la partición no se hubiera hecho todavía, se explicó que Florencio aguardaba una ocasión favorable para embolsárselo todo. Un día se encontraría, con toda se-

guridad, a los Quénu-Gradelle asesinados. Ya se contaba que cada noche había espantosas riñas entre los dos hermanos y la bella Lisa.

Cuando estos cuentos llegaron a oídos de la bella Normanda, ésta se echó a reír encogiéndose de hombros:

—¡Vayan enhorabuena!—dijo ésta,—no le conocen ustedes... El pobre hombre es dulce como un cordero...

Acababa la Normanda de rechazar rotundamente la mano del señor Lebigre, que había intentado dar un paso oficial. Hacía dos meses que, cada domingo, daba a las Méhudin una botella de licor. Rosa era la que les llevaba la botella, con su aire de sumisión. Siempre recibía el encargo de algún cumplido para la Normanda, de una frase amable que repetía fielmente, sin parecer enojada ni por asomo con el extraño encargo. Cuando el señor Lebigre se vió despedido, para demostrar que no estaba incomodado y que conservaba la esperanza, envió a Rosa, al domingo siguiente, con dos botellas de champagne y con un gran ramo de flores. Precisamente fué a la hermosa pescadera a quien se lo entregó todo, recitando de un solo aliento, este madrigal de tabernero:

—El señor Lebigre ruega a usted que se beba esto a su salud, que está muy quebrantada por lo que usted sabe. Espera que se dignará usted curarle algún día, siendo para él tan hermosa y tan buena como esas flores.

La Normanda se regocijó en gran manera con el aire entusiasmado de la criada. La turbó al hablarle de su amo, que era muy exigente, según se decía. Preguntó a la muchacha si quería mucho al señor Lebigre, si éste llevaba tirantes, si roncaba de noche. Después, le hizo llevarse otra vez el champagne y el ramo,

—Diga usted al señor Lebigre que no la envíe a usted más... Es usted demasiado buena, niña. Me irrita el verla a usted tan dulce, con las botellas debajo del brazo. ¿No puede usted arañar a su amo?

—¡Caramba! El quiere que venga—respondió Rosa yéndose.—Hace usted mal en disgustarle... Es muy buen señor...

La Normanda había sido conquistada por el carácter tierno de Florencio. Continuaba presenciando las lecciones de Muche, por la noche, bajo la lámpara, y soñaba que se casaba con aquel hombre tan bueno para los niños; ella conservaba su puesto de pescadera; él llegaba a un destino elevado en la administración de los Mercados. Pero este sueño se estrellaba contra el respeto que el profesor le demostraba; la saludaba y guardaba las distancias, cuando ella habría querido reirse con él, dejarse hacer cosquillas, amar como ella sabía amar. Aquella resistencia sorda fué la que le hizo alimentar la idea del matrimonio. Se imaginaba grandes goces de amor propio. Por otra parte, Florencio vivía más alto y más lejos. Quizá habría cedido, de no haberse sentido tan ligado al pequeñuelo Muche; además, el pensamiento de tener una querida en aquella casa, al lado de la madre y de la hermana, le repugnaba.

La Normanda supo con grandísima sorpresa la historia de su enamorado. Este no había abierto nunca la boca para hablar de ello. La joven le regañó. Aquellas aventuras extraordinarias pusieron un punto más picante en su ternura. Entonces, por espacio de varias noches, fué preciso que Florencio le contara todo lo que le había sucedido. La Normanda temblaba al pensar en que la policía pudiese llegar a descubrirle; pero él la tranquilizaba, y decía que la historia

era demasiado vieja, y que la policía ya no había de molestarle. Una noche le habló de la mujer del boulevard Montmartre, de aquella señora de capota de color de rosa, cuyo agujereado pecho le había llenado las manos de sangre. Aún pensaba en ella con frecuencia; había paseado aquel recuerdo bajo las noches claras de la Guayana; había vuelto a Francia con el ensueño loco de volver a hallarla en una acera, bajo un sol hermoso, por más que aún sintiera su pesadez de muerta sobre sus piernas. Sin embargo, quizá se habría levantado. A veces en las calles había recibido un golpe en el pecho, creyendo verla. Seguía las capotas de color de rosa, los chales que caían sobre los hombros, con escalofríos en el corazón. Cuando cerraba los ojos, la veía andar, acercarse a él; pero la dama dejaba caer el chal, y mostraba las dos manchas rojas de su pecho, apareciéndosele de blancura de cera, con ojos vacíos, con labios dolorosos. El gran sufrimiento de Florencio fué por mucho tiempo el no saber su nombre, el no tener de ella más que una sombra, que él llamaba de pesar. Cuando se le presentaba la idea de mujer, era aquélla la que se alzaba, la que se ofrecía como la única buena, la única pura. Muchas veces se sorprendió a sí mismo pensando que ella le buscaba en el sitio en que había quedado, que ella le habría dado una vida entera de alegría, si la hubiese hallado unos segundos antes. Y no quería otra mujer, no existía otra para él. Su voz temblaba de tal suerte, al hablar de ella, que la Normanda comprendió, con su instinto de mujer enamorada, y se sintió celosa.

—¡Caramba!—murmuró con maldad.—Vale más que no vuelva usted a verla. No debe de estar muy hermosa a estas horas.

Florencio se puso palidísimo, con el horror de

la imagen evocada por la pescadera. Su recuerdo de amor caía en un osario. No perdonó a la Normanda aquella brutalidad atroz, que desde entonces puso, bajo la adorable capota de seda, la mandíbula saliente y los huecos ojos de un esqueleto. Cuando la Normanda le daba bromas acerca de aquella dama "que había dormido con él en la esquina de la calle Vivienne", Florencio se tornaba brutal y la hacía callar con una palabra casi grosera.

Pero lo que sobre todo sorprendió a la Normanda en aquellas revelaciones, fué el haberse equivocado al creer quitar un amante a la bella Lisa. Esto disminuía su triunfo, y por ello quiso menos a Florencio durante ocho días. Se consoló con la historia de la herencia. La bella Lisa no fué ya para ella una mojigata; fué una ladrona que guardaba los bienes de su cuñado, con aire de hipocresía para engañar al mundo. Cada noche, desde entonces, en tanto que Muche copiaba los modelos de escritura, la conversación iba a parar al tesoro del viejo Gradelle.

—¡Pero habráse visto la idea del viejo!—decía la pescadera riéndose.—Sin duda quería sacar su dinero, cuando lo había metido en un salador... Ochenta y cinco mil francos son una linda cantidad, y tanto más cuanto que los Quénu han mentido, de seguro; quizá había el doble, el triple... Yo les pediría mi parte, y en seguida, en seguida.

—Yo no necesito nada—repetía siempre Florencio.—Ni siquiera sabría qué hacer con ese dinero.

Entonces la Normanda montaba en cólera.

—Bueno, vaya, usted no es hombre. Da lástima... Pero, ¿no comprende usted que los Quénu se burlan de usted? La gorda le da a usted la ropa vieja de su marido... No digo eso por ofen-

derle a usted, sino porque todo el mundo lo nota... Lleva usted un pantalón lleno de grasa, que todo el barrio ha visto en el trasero de su hermano de usted durante tres años... Yo, en lugar de usted, les tiraría a la cara sus guñapos y arreglaría cuentas. Son cuarenta y dos mil quinientos francos, ¿verdad? Pues yo no saldría de allí sin mis cuarenta y dos mil quinientos francos.

Era inútil que Florencio le explicara que su cuñada le ofrecía su parte, que la tenía a su disposición, que era él el que no la quería. Entraba en los más pequeños detalles y procuraba convencerla de la honradez de los Quénu.

—¡Ve a ver si vienen, Juan!—canturreaba la Normanda con voz irónica.—Bien que conozco yo su honradez. La gorda la dobla todas las mañanas y la guarda en su armario de luna, para que no se manche... La verdad es, mi pobre amigo, que me da usted lástima. Se deja usted engañar como un chino; no ve usted más claro que un niño de cinco años. Un día la gorda le meterá a usted su dinero en el bolsillo, y se lo volverá a tomar... La cosa no sería difícil... ¿Quiere usted que vaya yo a reclamar lo que le deben, para ver? Sería graciosísimo, se lo aseguro a usted... O me daban el gato, o les destrozaría toda la casa, palabra de honor.

—No, no; no estaría usted en su lugar—se apresuraba a decir Florencio, asustado.—Yo veré... Quizá necesitaré dinero dentro de poco...

La Normanda dudaba, se encogía de hombros, diciendo entre dientes que Florencio era demasiado blando. De esta suerte, su continua preocupación fué el hacerle chocar con los Quénu-Gradelle, empleando todas las armas, la cólera, el sarcasmo, la ternura. Además, alimentó en su corazón otro proyecto. Cuando se hubiera casa-

do con Florencio, sería ella la que fuese a abofetear a la bella Lisa si no devolvía la herencia. Por la noche, en su cama, soñaba despierta; entraba en casa de la salchichera, se sentaba en el mismo centro de la tienda, a la hora de las ventas, y armaba un escándalo espantoso. De tal manera acarició este proyecto, hasta tal punto llegó a seducirla, que se habría casado únicamente para ir a reclamar los cuarenta y dos mil quinientos francos del viejo Gradelle.

La tía Méhudin, exasperada por los pasaportes dados al señor Lebigre, gritaba por doquiera que su hija estaba loca, que "el larguirucho" le debía de haber hecho beber alguna cochina droga. Cuando conoció la historia de Cayena, se mostró terrible; trató a Florencio de galeote, de asesino, y dijo que no era de extrañar que las pillerías le tuviesen tan flaco. En el barrio era ella quien contaba las versiones más atroces de la historia. Pero en su morada, se contentaba con rezongar, fingiendo que cerraba con llave el cajón de la plata en cuanto llegaba Florencio. Un día, a continuación de una riña con su hija mayor, exclamó la vieja:

—Esto no puede continuar. Ese canalla de hombre es el que te aparta de mí, ¿no es verdad? No me pongas en el disparador, porque iré a denunciarlo a la prefectura, tan cierto como que ahora es de día.

—¡Que irá usted a denunciarle!—repetía la Normanda temblorosa, con los puños crispados.—No hará usted eso... ¡Ah! ¡Si no fuese usted mi madre!...

Clara, testigo de la disputa, se echó a reír, con una risa nerviosa que le desgarraba la garganta. Desde hacia algún tiempo estaba más sombría, más rara, con los ojos enrojecidos, con el rostro completamente blanco.

—¿Bueno, y qué?—preguntó.—Le pegarías... ¿Y a mí me pegarías también, verdad, a mí, que soy tu hermana? Ya lo sé, así hemos de acabar. Yo seré la que vaya a la prefectura, para evitar a mamá la caminata.

Y al ver que la Normanda se ahogaba, balbuceando amenazas, añadió:

—A mí no tendrás el trabajo de pegarme... Al pasar otra vez por el puente, me arrojaré al agua.

Gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. Huyó a su habitación, cerrando la puerta con violencia. La tía Méhudin no volvió a hablar de denunciar a Florencio. En cambio Muche dijo a su madre varias veces que la encontraba hablando con el señor Lebigre en todos los rincones del barrio.

La rivalidad entre la bella Normanda y la bella Lisa adquirió desde entonces un carácter más mudo y más inquietante. Por la tarde, cuando el toldo de la salchichería, de dril gris con franjas de color de rosa, estaba echado, la pescadera gritaba que la gorda tenía miedo, que se escondía. El transparente de la vitrina también exasperaba a la Normanda cuando estaba echado. Representaba, en medio de un raso de bosque, un almuerzo de caza, con señores en traje negro y damas escotadas, que se comían, sobre la hierba amarilla, un pastel rojo tan grande como ellos. No tenía ciertamente miedo la bella Lisa. En cuanto se iba el sol, subía el transparente; desde su mostrador contemplaba tranquilamente, haciendo media, el cuadrado de los Mercados, plantado de plátanos, atestado de un hormiguero de pilluelos que removían la tierra bajo las verjas de los árboles; a lo largo de los bancos, los portadores fumaban sus pipas. En los dos extremos de la acera, dos columnas anunciando

ras estaban como vestidas con un traje de arlequín, por los cuadrados verdes, rojos, amarillos, azules, de los anuncios de los teatros. Lisa vigilaba perfectamente a la Normanda, a pesar de parecer que estaba distraída mirando los coches que pasaban. A veces fingía inclinarse, seguir hasta la estación de la punta de San Eustaquio el ómnibus que va desde la Bastilla a la plaza de Wagram; pero era para ver mejor a la pescadera, que se vengaba del transparente colocando a su vez grandes hojas de papel gris sobre su cabeza y sobre su mercancía, con pretexto de resguardarse del sol poniente. Pero la ventaja quedaba de parte de la bella Lisa. Esta se mostraba muy tranquila, a medida que se aproximaba el golpe decisivo, en tanto que la otra, a pesar de los esfuerzos que hacía por tener aquel gran aspecto de distinción, no podía por menos de soltar de vez en cuando alguna insolencia demasada gorda, de la que en seguida se arrepentía. La ambición de la Normanda era el parecer "como se debe". Nada la conmovía más que el oír elogiar los buenos modales de su rival. La tía Méhudin había observado este punto flaco. De manera que ya no atacaba más que por él a su hija mayor.

—He visto a madame Quénu a la puerta de su tienda—decía a veces, por la noche.—¡Es prodigioso cómo se conserva esa mujer! Y tan limpia, y con la pinta de una verdadera señora... Es el mostrador, convéncete. El mostrador la conserva a una señora, la hace distinguida.

En estas palabras había una velada alusión a las proposiciones del señor Lebigre. La bella Normanda no respondía a su madre, sino que permanecía un instante pensativa. Se veía en la otra esquina de la calle Pirouette, en el mostrador del comerciante de vinos, haciendo juego con

la bella Lisa. Esto fué el primer desquiciamiento de su ternura para Florencio.

Verdaderamente, Florencio era cada día más terriblemente difícil de defender. Todo el barrio caía sobre él. Parecía que cada cual tuviese algún interés inmediato en lograr su exterminio. En los mercados, ya había a la sazón quienes juraban que se había vendido a la policía; otros afirmaban que se le había visto en el sótano de la manteca, procurando agujerear las telas metálicas de los depósitos, para echar dentro de ellos fósforos encendidos. Era un engrosamiento de calumnias, un torrente de injurias cuya fuente había crecido, sin que se supiese a punto fijo de dónde salía. El pabellón del pescado fué el último en el cual se declaró la insurrección. Las pescaderas querían a Florencio por su dulzura. Le defendieron por espacio de algún tiempo; pero después, trabajadas por las vendedoras que venían del pabellón de las mantecas y del pabellón de las frutas, acabaron por ceder. Entonces volvió a empezar, contra aquel flaco, la lucha de los vientres enormes, de las gargantas prodigiosas. Florencio se halló de nuevo perdido entre las faldas, entre los corpiños hinchados hasta reventar que rodaban furiosamente alrededor de sus hombros puntiagudos. Pero él no veía nada, y marchaba en derechura hacia su idea fija.

Ya, a cada momento, en todos los rincones, aparecía el sombrero negro de mademoiselle Saget, en medio de aquel desencadenamiento. Su pequeño rostro pálido parecía multiplicarse. Había jurado la vieja un rencor terrible a la sociedad que se reunía en el gabinete acristalado de casa del señor Lebigre. Acusaba a aquellos caballeros de haber divulgado la historia de las sobras. La verdad era que Gavard, una noche,

contó que “aquella vieja arpía”, que iba allí a espiarles, se alimentaba con las suciedades que despreciaba la patulea bonapartista. Clemencia tuvo una náusea. Robine se bebió en seguida un dedo de cerveza, como para lavarse el gáznate. Entretanto, el vendedor de aves repetía su frase:

—Las Tullerías han regoldado encima de ellas.

Decía esto con una mueca abominable. Aquellas rodajas de carne recogidas del plato del Emperador, eran para él inmundicias sin nombre, una deyección política, un resto averiado de todas las marranerías del reino. Entonces, en casa del señor Lebigre, no se cogió ya a mademoiselle Saget más que con pinzas; la solterona se convirtió en un estercolero viviente, en un animal inmundo nutrido con las podredumbres que ni los mismos perros habrían querido. Clemencia y Gavard llevaron el cuento a los Mercados, y como consecuencia de ella la vieja señorita padeció mucho en sus buenas relaciones con las vendedoras. Cuando regateaba, charlando mucho sin comprar nada, la enviaban a las sobras. Esto agotó la fuente de sus informes. Ciertos días, ni siquiera se enteraba de lo que ocurría. Esto la hacía llorar de rabia. Entonces fué cuando dijo con toda crudeza a la Sarriete ya Madame Le-cœur:

—No tienen ustedes necesidad de azuzarme, no, niñas mías... Yo sabré ajustarle las cuentas al Gavard de ustedes.

Las otras dos se quedaron algo cortadas, pero no protestaron. Por otra parte, al siguiente día mademoiselle Saget, más calmada se enterneció nuevamente por la suerte de aquel pobre señor Gavard, que estaba tan mal aconsejado, y que decididamente corría a su perdición.

Gavard, en efecto, se comprometía mucho.

Desde que la conspiración iba madurando, llevaba a todas partes en el bolsillo el revólver que tanto asustaba a madame Léonce, su portera. Era un "gran diablo de revólver", que había comprado en casa del mejor armero de París, con ademanes misteriosísimos. Al día siguiente, lo enseñaba a todas las mujeres del pabellón de las aves, como un colegial que esconde en su pupitre una novela prohibida. Gavard dejaba asomar el cañón por la abertura del bolsillo; lo hacía ver con un guiño de ojos; además, soltaba reticencias, semi-confesiones, toda la comedia de un hombre que finge deliciosamente que tiene miedo. Aquel revólver le daba una importancia enorme; le colocaba definitivamente entre los individuos peligrosos. A veces, en el fondo de su tienda, consentía en sacarlo por completo del bolsillo, para enseñárselo a dos o tres mujeres. Quería para ello que las mujeres se colocasen delante de él, con objeto de que lo taparan con las faldas. Entonces lo montaba, lo desarmaba, y ajustaba un pato o una pava colgados en el escaparate. El susto de las mujeres le entusiasmaba; acababa por tranquilizarlas, diciéndoles que no estaba cargado. Pero también llevaba cartuchos encima, en una caja que abría con precauciones infinitas. Cuando habían sopesado los cartuchos, Gavard se decidía por fin a guardarse su arsenal. Y con los brazos cruzados, gozoso, peroraba durante horas enteras.

—Con esto, un hombre es un hombre—decía con aire de fanfarronería.—Ahora me río yo de los esbirros... El domingo fui a probarlo con un amigo, a la llanura de San Dionisio... Ya comprenderán ustedes que no se puede decir a todo el mundo que tiene uno juguetes como éste... ¡Ah! Pequeñas mías, tirábamos a un árbol y cada vez ¡paf! lo tocábamos... Ya veréis... ya ve-

réis; dentro de algún tiempo oiréis hablar de Anatolio.

Anatolio era el hombre que había puesto a su revólver. Tan bien supo componérselas Gavard, que, al cabo de ocho días, todo el pabellón conoció el revólver y los cartuchos. Por otra parte, parecía algo turbio su compadrazgo con Florencio. Era demasiado rico, estaba demasiado gordo para que se les confundiera con el mismo odio. Pero el pollero se perdió la estimación de las personas juiciosas y consiguió llegar a asustar a los miedosos. Desde entonces se sintió entusiasmado.

—Es imprudente llevar armas encima—decía mademoiselle Saget.—Eso le jugará alguna mala pasada.

En casa del señor Lebigre, Gavard triunfaba. Desde que no comía ya en casa de los Quénu, Florencio vivía allí, en el gabinete acristalado. Allí almorzaba, comía, iba a encerrarse a cada momento. Lo había convertido en una especie de habitación propia, un despacho en el que dejaba olvidados viejos redingotes, libros, papeles. El señor Lebigre toleraba esta toma de posesión; hasta había llegado a quitar una de las dos mesas para amueblar la estrecha habitación con un diván relleno de pelote, en el cual habría podido dormir Florencio en caso necesario. Cuando éste experimentaba algunos escrúpulos, el amo del café le rogaba que no se preocupase, y ponía toda la casa a su disposición. Logre le demostraba también una gran amistad. Se había hecho su lugarteniente. A cada momento le hablaba del "asunto", para darle cuenta de sus pasos y decirle los nombres de los nuevos afiliados. En el trabajo había tomado el papel de organizador; él era el que debía abordar a las personas, crear las secciones, preparar cada malla de la vasta



red en la que caería París en un momento determinado. Florencio permanecía siendo el jefe, el alma del complot. Por otra parte, el jorobado parecía sudar agua y sangre, sin llegar a resultados apreciables; aunque había jurado que conocía en cada barrio dos o tres grupos de hombres decididos, como los del grupo que se reunía en casa del señor Lebigre, no había proporcionado hasta entonces ningún dato preciso, y sólo echaba a volar nombres, refiriendo diligencias sin fin, en medio del entusiasmo del auditorio. Lo que contaba con más claridad eran los apretones de mano; fulano, a quien tuteaba, le había estrechado la mano diciéndole "que sería de ellos"; al Gros-Caillou, un demoniaco, que haría un soberbio jefe de sección, le había descoyuntado el brazo; en la calle de Popincourt, todo un grupo de obreros le había abrazado. De oírle a él, de un día a otro, en una noche, se reunirían cien mil hombres. Cuando llegaba, con aspecto de extenuación, dejándose caer sobre el diván del gabinete, y variando sus historias, Florencio tomaba notas, y confiaba en él para la realización de sus promesas. Pronto en el bolsillo del joven, vivió el complot; las notas se convirtieron en realidades, en datos indiscutibles, que formaron el andamiaje sobre el que se formó todo el plan; no había más que esperar una ocasión favorable. Logre decía, con apasionados ademanes, que todo marcharía como una seda.

En aquella época, Florencio se sintió completamente feliz. Ya no le parecía andar por la tierra, pues se creía elevado por aquella idea intensa de hacerse el justiciero de los males que había visto padecer. Era de una credulidad de niño y de una confianza de héroe. Si Logre le hubiera contado que el genio de la columna de Julio iba a bajar para ponerse al frente de ellos, Flo-

rencio lo había creído sin sorprenderse. En casa del señor Lebigre, por las noches, sentía efusiones y hablaba de la próxima batalla como de una fiesta a la cual serían invitados todos aquellos valientes. Pero si el entusiasmado Gavard jugaba entonces con su revólver, Charvet se tornaba más agrio, y reía despectivamente encogiéndose de hombros. La actitud de jefe de complot tomada por su rival le ponía fuera de sí, le disgustaba de la política. Un día en que había llegado temprano, y en que se hallaba sólo con Logre y con el señor Lebigre, Charvet se desahogó.

—Un muchacho—dijo,—que no tiene ni dos ideas en política, que habría hecho mejor entrando como profesor de escritura en un internado de señoritas... Sería una desgracia que triunfara, porque nos metería por las narices a sus malditos obreros, con sus desvarios sociales. ¿Ven ustedes? Eso es lo que pierde al partido. Tienen que acabarse los lloricones, los poetas humanitarios, los poetas que se abrazan al menor rasguño... Pero no triunfará. Hará que lo empapelen y nada más.

Logre y el comerciante en vinos no dijeron esta boca es mía. Dejaban que Charvet se desahogara.

—Y hace ya mucho tiempo que estaría empapelado si fuera tan peligroso como quiere hacerlo creer. Ya lo ven ustedes, con su aspecto de regresar de Cayena... Da lástima. Yo les aseguro que la policía, desde el primer día, supo que estaba en París. Si le ha dejado en paz, es porque se burla de él.

Logre experimentó un leve sobresalto.

—A mí se me vigila desde hace quince años—prosiguió el hebertista con un punto de orgullo.—Y sin embargo, no voy a salir dando voces por la calle. Pero yo no seré de su pandilla. No quie-